

INVESTIGACIÓN Y ARQUITECTURA:
UNA INTRODUCCIÓN A LOS CONTEXTOS
DE EMERGENCIA



INVESTIGACIÓN Y ARQUITECTURA: UNA INTRODUCCIÓN A LOS CONTEXTOS DE EMERGENCIA

ALEJANDRO GONZÁLEZ MILEA
HÉCTOR RIVERO PEÑA
COORDINADORES



Ediciones
Navarra



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS



**Ediciones
Navarra**

Van Ostade núm. 7, Alfonso XIII, 01460,
México, Ciudad de México.

Esta obra fue dictaminada por el sistema de pares doble ciego, en el Comité Editorial del Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte, de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Esta obra fue editada e impresa con recursos del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología.

Primera edición: 2023

Investigación y arquitectura: una introducción a los contextos de emergencia

Coordinadores: Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

Cuidado de la edición: Adlaí Navarro García

Diseño de portada: Bernardo Navarro E.

Diagramación: Rafael Franco Calderón

ISBN: 978-608-8789-74-0

D.R. © Ediciones Navarra

Van Ostade núm. 7, Alfonso XIII,

01460, México, Ciudad de México

www.ediciones-navarra.com

www.facebook.com/edicionesnavarra

www.edicionesnavarra.tumblr.com

@Ed_Navarra

Queda prohibida, sin la autorización escrita del titular de los derechos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México.

Índice

INTRODUCCIÓN A LA EMERGENCIA | 7
Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

PRIMERA PARTE

LOS PROYECTOS COMO OBJETOS HISTÓRICOS | 21
Frédéric Graber

LA AZOTEA: LUGAR DE LIBERTAD EN TIEMPOS INCIERTOS | 39
Jaell Durán Herrera

LA ARQUITECTURA EN LA EMERGENCIA ARQUEOLÓGICA: PUENTE EPISTEMOLÓGICO EN LA VALORIZACIÓN DEL PASADO | 57
David Arturo Muñiz García

AUTODETERMINACIÓN: MOTOR DE LA PRODUCCIÓN SOCIAL EMERGENTE DE HÁBITAT HUMANO | 87
José Alejandro Barón Hernández

LA EMERGENCIA DENTRO DE LA EMERGENCIA: LA LUCHA POR PROTEGER EL PATRIMONIO VERNÁCULO MAYA | 119
Aurelio Sánchez Suárez

EXPERIENCIAS SITUADAS: (DE)COLONIZAR EL RÉGIMEN DE VISUALIDAD URBANO-ARQUITECTÓNICO EN LA CIUDAD FRONTERIZA | 143
Martha Mónica Curiel García y Salvador Salazar Gutiérrez

SEGUNDA PARTE

DESIGN FOR VULNERABLES: EL ARQUITECTO EN COMUNIDADES VULNERABLES Y LA MULTIDISCIPLINA | 167

Emanuele Giorgi y Tiziano Cattaneo

ESTRUCTURAS MÍNIMAS HABITABLES PARA OCUPANTES INVISIBILIZADOS Y SU TRANSFORMACIÓN PARA GENERAR COMUNIDAD EN CONTEXTOS DE CRISIS | 195

Rubén Garnica Monroy

PROCESOS EMERGENTES DE TRANSFORMACIÓN DEL CENTRO HISTÓRICO DE HIDALGO DEL PARRAL | 221

Jorge Alejandro Soto Silva y Héctor Rivero Peña

LA VIVIENDA ESPACIO DE REFUGIO DURANTE LA PANDEMIA POR COVID-19. ANÁLISIS DEL AMBIENTE OCUPACIONAL EN HOGARES DE CHIHUAHUA | 251

Leticia Peña Barrera y Luis Herrera Terrazas

TRANSFORMACIONES Y ENCRUCIJADAS EN LA HABITABILIDAD Y LA GENTRIFICACIÓN EN EL BARRIO DE LA ERMITA DE SANTA ISABEL, MÉRIDA, YUCATÁN | 279

Alma Rosa Acuña Gallereta y Carmen García Gómez

SEMBLANZAS DE LOS AUTORES | 303

Introducción a la emergencia¹

Alejandro González Milea y Héctor Rivero Peña

¿Por qué emergencia? En una ciudad relativamente joven, y ante la reciente especialización de la investigación en la arquitectura, nos parece oportuno preguntarnos si no nos hallamos ante un dilema relativo a las formas de conocer y el sentido y la utilidad del conocimiento. Parece necesario comenzar reconociendo que nuestra comunidad concibe sus materias de estudio de maneras muy diferentes.

Hace ya casi 150 años, en los *Anales de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México* comenzó a formarse una tradición de investigación formal, y muy enriquecida por estudiosos de otras ciencias y profesiones. Más adelante aparecieron *Arte y Ciencia* y *Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura*, donde, por cierto, ameritaba incluir un par de asuntos sobre la frontera norte de México, como la importancia y manera de establecer los precios de los terrenos que dejaban de ser agrícolas, las obras de protección contra inundaciones del río Bravo, las formas de vida en los hogares colectivos (vecindades), e incluso algunas cuitas en la frontera de un arquitecto educado en Bélgica. Bien pudieron parecer tópicos algo heterogéneos e incluso extravagantes, pero sugerían, para este caso, la diversidad de materias y centros de reflexión sobre la arquitectura y asuntos conexos.

En 2018 los profesores de la Maestría en Arquitectura de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez nos planteábamos cómo definir algunas líneas de investigación y formación; cabían dos posibilidades: o adaptar los contenidos de las vías acostumbradas, con sus métodos, o descubrir lo que nuestro entorno pedía investigar; de modo que nos preguntábamos ¿no habría otras vías alternativas? La ventaja de trabajar en una ciudad relativamente joven reside en que había oportunidad de repensar lo que entendíamos por proyecto, confort, patrimonio, habitabilidad, y un largo etcétera de términos que se

¹ Los autores agradecen la participación y los comentarios, que vertieron varios asistentes en el *Conversatorio: contextos de emergencia*, celebrado el 24 de marzo de 2021.

han vuelto *de moda* en el plano disciplinar; los métodos en el *mainstream*, por ahora probados como pertinentes y eficaces en la investigación en la arquitectura, ciertamente ayudaban a resolver problemas —a obtener un trabajo, por ejemplo—, pero, al mismo tiempo —ni qué decirlo—, también le imponían a la realidad formatos que la deformaban. Para poner unos ejemplos, en nuestro medio fronterizo ya es proverbial la lenta y paulatina desaparición de la agricultura, y para algunos no dejó de ser chocante y contradictorio recibir, en 2011, a un experto argentino en sustentabilidad para que nos explicara las ventajas de “introducir la agricultura urbana”. Otros casos menos obvios demandan advertir los efectos del paso del tiempo. En 1945 la Oficina de Bienes Nacionales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público se embarcó en la elaboración de estudios sobre iglesias en Yucatán y otras áreas con presencia indígena —consolidando el compromiso con la protección de ese patrimonio—; pero, sesenta años después, arribó un nuevo ciclo de crítica del colonialismo, con todos los cuestionamientos al relato magnífico de la nacionalidad que ocultaba la discriminación indígena, desatando otra serie de consideraciones y estudios, o, mejor dicho, actualizándolos. Al respecto, conviene recordar que los arquitectos estuvieron al servicio de una y otra tendencia por igual. Lo mismo podría decirse de extravíos importantes, como el paso inadvertido de la primera tesis que introdujo en México el problema del clima y el bienestar humano, elaborada por un médico cirujano en 1897: Miguel Mendizábal de la Torre, en *La habitación humana*, ausente en las reflexiones de ingenieros y arquitectos al iniciar el siglo xx.

La investigación no sólo inventa sus propios objetos de indagación, sino que también crea los sentidos de urgencia que ayudan a instalar dichos objetos y sus palabras en la consciencia colectiva y, al mismo tiempo, una naturaleza paralela, y esto porque... es preciso hacer algo.

Pero como lo anterior no era exclusivo de la frontera, los coordinadores de esta obra nos dimos a la tarea de convocar a profesionistas y estudiosos que quisieran mostrarnos cómo investigan, con qué finalidades, en el marco de cambio drástico e incertidumbre. Nuestra experiencia fronteriza nos sugería una gama de asuntos muy amplia: la vida en el desierto y en climas extremos, las inundaciones en un valle agrícola que no ha terminado de urbanizarse, la condición binacional y el valor del dinero en una frontera de controles de cuerpos y mercancías, el arribo de caravanas de migrantes y de víctimas del desplazamiento forzado, los rápidos procesos de obsolescencia en la estructura edilicia y la memoria efímera, incluso el predominio en el paisaje de estéticas

estridentes.² Elegimos colocar la discusión en los “contextos de emergencia”, porque al tiempo que el término aludía a un campo interdisciplinar muy flexible —el ámbito afamado de los desastres—, denotaba igualmente a una larga tradición intelectual, con varias etapas de resurgimiento y actualización, donde el registro de la experiencia cognitiva antecede a la construcción de conocimiento.

De la calamidad a la aparición: descubriendo la emergencia

En el ámbito bien preciso de su quehacer profesional —con los formatos de investigación que implican—, los arquitectos han dado cuenta de la contradicción que encierran sus artefactos producidos para el futuro, pero también la oportunidad que significa la alteración del orden normal. Con motivo del terremoto que azotó Santiago de Chile el 27 de febrero de 2010, Francisco Díaz elaboró una breve exploración hermenéutica sobre la reconfiguraciones de la materia del arquitecto, durante los momentos inmediatos a la calamidad. Primero, dijo, lo que se alza para generar seguridad luego engendra el miedo; primero están los edificios —ese “cofre de la vida” ideado para proveer privacidad e intimidad—, pero dichas construcciones pueden convertirse en una amenaza para los cuerpos: “... un muro puede convertirse en proyectil”, y, así, el arquitecto se vuelve experto. Los arquitectos suelen pensar en sus ideaciones y trabajos en contextos de plenitud, y no acostumbran advertir que operan en instantes de excepción (Díaz, 2011: 13). Mejor aún, ¿acaso no hay instantes demasiado largos, incluso en parsimonia, que llegan a pasar inadvertidos?

Los estudiosos de la educación y la ciencia advierten sobre el cuidado de referimos a la ocupación, la profesión y la disciplina de forma indistinta. No es raro que el ámbito de la edificación y los lugares de vida, a través del tiempo, hayan sido surcados por una variedad de saberes que han convertido el discurso de la profesión en una compleja entidad surcada por polisemia: el habla sobre la arquitectura está poblada de varios sistemas de lenguajes. Por el contrario, no puede afirmarse lo mismo de la dimensión disciplinar de la arquitectura, donde es posible rastrear los momentos en que se han tomado prestados vocabularios enteros —y negociados— con las implicaciones obvias en la construcción de conocimiento (el enciclopedismo).

2 El Coloquio Investigación y Arquitectura en Contextos de Emergencia, se celebró los días 24 y 25 de marzo de 2021, y se programó desde Ciudad Juárez en modalidad virtual.

En un foro que dirigió Jean Louis Cohen, con motivo de revisar cómo se había instalado la investigación en arquitectura durante el siglo xx, se señaló que una fase de consolidación se originó en las agendas de los gobiernos, en específico dentro de los campos de la conservación de edificios históricos y la protección del medioambiente (Lengereau, 2018: 25-26). Esto para nada invalida otras situaciones, como la migración de métodos desde la sociología y antropología hacia la década de los años sesenta, a los claustros de educación de los arquitectos (Eleb, 2018: 71), o como la ya tradicional investigación a través del proyecto (Picon, 2018: 154). Pero es interesante saber que se trata de dos formas distintas de demarcar la disciplina, a decir de lo que entendemos por un método y una tesis.

“Emergencia” puede parecer, en este contexto, un término extraño, y a la vez familiar, dentro de la reflexión arquitectónica. Existen cuando menos dos tendencias de significado que, puestas a examen, revelan similitudes de fondo, pero también muestran un desplazamiento desde la disciplina hacia la profesión por demandar estabilidad en la comprensión del cambio y sus implicaciones prácticas, por un lado, mientras que, por el otro, el empleo de la palabra se vacía al problema de la percepción y entendimiento de los cambios, y hunde sus raíces en la Ilustración.

Por esto, en un plano que podría calificarse de pragmático, el término “emergencia” se ha equiparado a otras palabras familiares como “desastre” y “crisis”; todas invocan la naturaleza repentina de algo o una condición inesperada que representa o provoca pérdida o daño. Los estudiosos de la “gestión del riesgo” prefieren las segundas dos palabras por considerar que tienen un significado más preciso, al contrario de “emergencia”, que —opinan— es un término vago e incluso contradictorio. Incluso señalan que un atributo de la crisis es su unicidad o singularidad, pero una emergencia, arguyen, no puede anticiparse y es inminente (Al-Dahash *et al*, 2016: 1194).

En los tiempos que corren, puede llamar mucho la atención que el gobierno español contemple la noción de Estado de Alarma —en su lenguaje jurídico—, para hacer frente a la crisis sanitaria debida al Covid-19. O que en el gobierno mexicano se contemplen dos formas de declaratoria ante situaciones críticas: la Declaratoria de emergencia y la Declaratoria de desastre natural, y no se haya recurrido a ninguna de ellas en el mismo contexto. Las particularidades siguen presentes, si se advierte que en el idioma francés no existe la distinción entre urgencia y emergencia —y se usa *urgence*—, al contrario del inglés; e incluso respecto a la diferencia en apariencia contundente en esta úl-

tima lengua entre *emergence* y *emergency*. Como todas las palabras que comparten raíz indoeuropea —para este caso *mezg* (sumergir)—, no es extraño que la variedad de usos del término y sus declinaciones, más que apuntar a la fijación de significados, también nos hablen de experiencias profundas no desterradas por las ciencias (Bordelois, 2017).

Es fácil adivinar que en la definición de “emergencia” del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española de 1732, resonaba el pensamiento aristotélico: *accidente* que nace o proviene de otra cosa más principal. Lo cierto es que los tropos que se usaron en subsiguientes ediciones, como “aparición de algo que se advierte en el sustrato de donde proviene”, o “salir de algo que estaba sumergido”, han dado contenido a una forma vigente de reflexionar el cambio y sugiere una instancia cognitiva que merece tomarse en cuenta con alguna seriedad (Bedau, 1997). Los historiadores llevan siglos intentando explicar el cambio como algo que bien puede ubicarse entre lo que es orgánico y lo que es coyuntural (Antonio Gramsci), o distinguiendo la contingencia como un mero accidente o como condición inherente a todo proceso histórico (Elías Palti).

En la investigación de prácticas artísticas alternativas, Reinaldo Laddaga (2006) eligió estudiar, por ejemplo, formas experimentales de producir, o lo que llamó “una suerte de terreno medio” que aún permanecía sin teorizar. Se trata de la misma extrañeza que provoca la aparición de especímenes contruidos que siempre ha provocado rechazo o miedo. El horror tiene muchas formas de manifestarse, según Joshua Comaroff y Ong Ker-Shing (2013), sobre todo cuando la combinación de varios elementos produce un edificio que a la mirada sugiere referentes conocidos, pero también introduce deformaciones difíciles de explicar (Comaroff y Ker-Shing, 2013: 46-47, 94-98). Se trata de una vieja definición del arte, según la cual estaríamos ante un suceso ostentadamente improbable que bloquea la hetero-referencia, es decir, una situación novedosa que no puede explicarse más que por sí misma (Laddaga, 2006: 33-34). Lo interesante es que este hecho extraño, por improbable, por ser imprevisible, se mantiene como algo nuevo e independiente; para dar contenido a esta experiencia, Laddaga recurrió a algunos teóricos de la complejidad, donde la emergencia es término de uso corriente (Laddaga, 2006: 287-289).

Recientemente los estudiosos sobre los desastres han vuelto la mirada hacia la dimensión sociocultural con que se experimentan las catástrofes, y han hallado elementos de esta vieja discusión. Se trata de un nudo duro de la experiencia que los progresos de la ciencia no pudieron deshacer; considérese, por ejemplo, el ya clásico *Man and Society in Calamity*, de Pitirim Sorokin, que

abordó cuatro calamidades y su influencia en la vida de individuos y sociedades: la guerra, la revolución, la epidemia y la hambruna. Anclado en la sociología de la década de los años cuarenta, proponía un examen a varios niveles, como la mente, el comportamiento y procesos vitales, la movilidad y la organización sociales, y la vida sociocultural. Por supuesto que cuando se refirió a la arquitectura, como una de las expresiones que hay que abordar para entender la relación entre sociedades y calamidades, le confirió su estatuto de arte máxima (Sorokin, 2017: 258-259). Pero hoy es fácil entender que cada una de las dimensiones de experiencia social que empleó Sorokin, están, en realidad, pobladas por variadas concepciones y teorizaciones sobre arquitectura. Por ejemplo, y al respecto de la ciencia y la tecnología, comentó que al tiempo que el desastre urge a las personas a involucrarse en formas de alivio para paliar el daño, o prevenir su recurrencia, también dichas calamidades modifican las rutinas y modos de pensamiento y observación, permiten que aparezcan nuevos problemas que es posible discutir en canales frescos que ponen en duda teorías y opiniones tenidas por permanentes (Sorokin, 2017: 243-244). Por eso, el matemático C. P. Bruter, en su ensayo sobre la teorización de las catástrofes, eligió este epígrafe de Salvador Dalí: “[las catástrofes] ... constituyen el más armonioso momento de todos. Muestran la existencia de una armonía preestablecida” (Bruter, 1978: 293). Para Meiner y Veel, resulta así claro que las catástrofes o crisis permiten reflexionar sobre cómo concebimos la dinámica de eventos en el despliegue, y sus características causales y espacio-temporales. La historia de esta posible cartografía, dicen, tiene su larga historia que va desde la teoría del drama en la antigüedad, pasando por los diagramas de cúspides del matemático René Thom, hasta llegar, por supuesto, a las teorías de la emergencia y los sistemas hipercomplejos (Meiner y Veel, 2012: 2). Las dos últimas ya tienen trazada su genealogía que va desde el pensamiento del inglés H. H. Lewes, pasando por la acuñación de escuelas a inicios del siglo xx, como el evolucionismo emergente, el proto-emergentismo y la neo-emergencia, según De Wolf y Holvoet (2005).

A estas alturas parece oportuno recoger las dos tendencias del significado de emergencia, y preguntarse ¿cuál sería la diferencia entre la percepción del cambio que da cuenta de cómo funciona el sistema que lo aloja o destaca, y la conciencia o certidumbre acerca del daño o mal que puede provocar ese mismo movimiento? Bien podría tratarse aquí del nudo de la historia de la modernidad que, entre varios fines, siempre ha tenido que controlar lo imprevisible, y las profesiones modernas pueden constituir el aterrizaje de muchas incerti-

dumbres al plano concreto de la existencia. La aparición de agencias especializadas en la gestión de riesgos explica el auge de instancias dedicadas a prever lo improbable, incluso lo impensable, en materia de conocimientos científicos y técnicos (Goux-Baudiment, 2001, en Virilio, 2009: 64). Cuando Paul Virilio habló de la necesidad de descubrir el accidente original, se refirió, desde luego, a la invención del accidente, como una obra inconsciente, en el sentido de descubrir lo que estaba oculto a la espera de que salga a la luz. A diferencia del accidente natural, el accidente artificial sería resultado de la innovación de un artefacto: el problema, dijo, no es el iceberg, sino “el transatlántico insumergible”, para referirse a un conocido capítulo de la historia del dominio de los mares y los viajes turísticos (Virilio, 2009: 23-25).

Otro problema que dificulta la distinción entre cambio y cambio que afecta es la manera en que se ha ubicado al ser humano dentro de los avances de la ciencia evolutiva. La tesis de la excepcionalidad humana dice que, aunque el humano es uno entre varios seres vivos, también se distingue por poseer conciencia. Pero se trata de algo científicamente indemostrable, aunque necesario (Schaeffer, 2009). Ello explica que desde el nuevo materialismo se esté intentando elaborar formas distintas de narrar el mundo, con sus entes biológicos y formas materiales que se producen entre muchas fuerzas incomprensibles. Un buen ejemplo es el proyecto que emprendió Manuel de Landa en búsqueda de alejarse de las teleologías y el antropocentrismo; su propuesta de narrativa histórica gira en torno a las estructuras geológicas, los organismos biológicos y los sistemas de lenguajes (De Landa, 2000). Plantea, en un momento, el problema de la autoorganización que, si bien ha sido aplicado desde hace algunas décadas a sistemas puramente materiales, todavía requiere cierto refinamiento para aplicarse a las sociedades. El asunto sería, de manera resumida, que las cosas pudieran no haber sido el resultado de decisiones humanas, sino de consecuencias colectivas no intencionadas (De Landa, 2000: 17). ¿Para semejante trayectoria sería mejor el individualismo metodológico, y no las grandes corrientes del *mainstream*? El arquitecto Michael Weinstock vio con claridad las implicaciones de la diferencia entre investigar bajo el regazo de la profesión y bajo el horizonte de la disciplina. Separar la naturaleza de la tradición del hombre y sus obras no ha permitido entender los planos de organización de los objetos producidos natural y culturalmente (Weinstock, 2010: 8, 31-37).

Por todo lo anterior, entender cómo brinca a la arena de la discusión no solamente la versión disciplinar de la arquitectura, sino también toda la serie de artefactos inventados en la profesión constituyen una prerrogativa para renovar

el sentido de la investigación. Tal vez por ello, cuando Andrew Herscher (2017) se planteó la necesidad de entender cómo se ha producido la experiencia del refugio en una vertiente de desplazamiento ocasionada por los nacionalismos, develó no sólo la manera como la experiencia en la Segunda Guerra Mundial contribuyó a configurar el movimiento moderno en arquitectura; todavía más, en el contexto de nuestros días, donde los arquitectos se afanan en continuar sirviendo a las víctimas del oprobio que significa el campo de refugiados actual, aconsejó que los arquitectos deberían parar (Herscher, 2021).

Contribución de los autores

Las contribuciones de los autores se ordenaron según las nociones de emergencia empleadas, pero también por el ámbito de conocimiento y la práctica de investigación que tal decisión o inclinación tiende a descubrir.

De tal modo, un primer grupo acude a problemas teóricos que van apareciendo durante el entendimiento de procesos concretos y desvanecen el espectro de las intervenciones aun cuando también hacen una crítica de ellas. Es el caso del texto de Frédéric Graber, “Los proyectos como objetos históricos”, el cual ofrece una historia del concepto “proyecto”, concebido en términos amplios como anticipación, y que revela la aparición de entes autorizadores, pero también la dimensión colectiva de su conformación —el espacio donde se discute qué debe hacerse—, todo ello con un énfasis especial en el papel de los técnicos y expertos. Asimismo, otros trabajos se ocupan de dinámicas sociales mediante las cuales las cosas (personas y sus prácticas) pueden volverse invisibles o visibles, el estudio de Jaell Durán, “Azotea, lugar de libertad en tiempos inciertos”, devela, de la mano de una etnografía flexible y apoyándose en la fuerza de las imágenes producidas por la literatura, la azotea como espacio sospechado de refugio y libertad, pero hasta ahora invisible. En un sentido parecido, David Arturo Muñoz explica en “La arquitectura en la emergencia arqueológica”, cómo el descubrimiento de una ruina durante las excavaciones que, sobre todo, se practican en el contexto de salvamento, da inicio a un proceso de construcción de conocimientos colectivos que hacen del *lugar con significado* un punto de convergencia para dar lugar a narraciones sobre la arquitectura como sistema de ordenación del mundo. El trabajo de Alejandro Barón, “Auto-determinación: motor de la producción social emergente de hábitat humano”, discurre en torno a cómo se produce el hábitat durante la organización de prácticas colectivas que hallan espacio o no dentro de los marcos de regulación

de las ciudades; adopta la vertiente de novedad cualitativa, propia de la teoría de los sistemas, para discurrir en torno a las posibilidades de los trabajos que iniciaron con un huerto. Por su parte, Aurelio Sánchez, con un estudio de corte pluridisciplinario, titulado “La emergencia dentro de la emergencia: la lucha por proteger el patrimonio vernáculo maya”, ofrece algunas conclusiones de varios años de estudios, para descubrir las intenciones que subyacen a la construcción de la casa y entorno maya —en su propio idioma—, para denunciar la persistencia del desarrollo como fuerza colonizadora. Por último, Martha Mónica Curiel y Salvador Salazar, en su “Experiencias situadas: (de)colonizar el régimen de visualidad urbano-arquitectónico en la ciudad fronteriza”, presentan un recorrido por varias instancias que operan en la invisibilización y la visibilización de prácticas humanas, para develar otras maneras de sentir y pensar el espacio habitable.

En el segundo grupo de textos rigen concepciones más estáticas y operativas de la emergencia, a diversas escalas que van desde el espacio íntimo y privado hasta el urbano. Las aproximaciones parecen requerir una idea clara de la práctica profesional, pero también señalan los parámetros de análisis que preceden o anticipan formas de intervención conocidas. Los textos de Emanuele Giorgi y Tiziano Cattaneo, titulado “*Design for vulnerables: el papel del arquitecto en comunidades vulnerables bajo perspectivas disciplinares*”, y el de Rubén Garnica, encabezado como “Estructuras mínimas habitables para ocupantes invisibilizados y su transformación para generar comunidad en contextos de crisis”, se ubican en un ámbito que ha sido recientemente visitado —y, sobre todo, asistido— por los técnicos; queda muy claro que situaciones problemáticas, a través del tiempo, van creando nichos no sólo para la conformación de un saber experto, sino también para incorporar temas de proyecto y programa a la disciplina. En el trabajo de Alejandro Soto y Héctor Rivero, titulado “Procesos emergentes de transformación del centro histórico de Hidalgo del Parral”, el enfoque reside en intentar explicar qué criterios han regido una variedad de intervenciones en una antigua población minera; con el concepto *homologación difusa*, y justificado por la conservación de edificios, se descubren propósitos de mercantilización e identidad gubernamental. Leticia Peña y Luis Herrera, en su trabajo “La vivienda como espacio de refugio durante la pandemia por Covid 19”, abordan un escenario muy familiar para los tiempos que corren, para explicar cómo la vivienda se ha empezado de usar flexiblemente; un objetivo aún es la consabida aspiración a informar un nicho muy definido de la práctica profesional. En “Transformaciones y encrucijadas en la habitabilidad y

gentrificación en el barrio de la Ermita de Santa Isabel”, de Alma Rosa Acuña y Carmen García, se halla un enfoque parecido para explicar los factores que, en tiempos recientes, están provocando cambios lentos, pero marcados entre los ocupantes de casas de un barrio tradicional. Ambos trabajos sugieren el lento, pero perdurable impacto, que el turismo ejerce sobre las ciudades.

El lector hallará una serie de miradas a la investigación en la arquitectura que van desde el individualismo metodológico hasta el método consagrado, formas de hacer investigación en la arquitectura en el marco de cambio drástico e incertidumbre. No se trata de un manual de metodología, ni de una revisión de las maneras en que la práctica profesional ha engendrado sus propias formas de indagación. Más bien, los coordinadores —a través del concepto “contextos de emergencia”— sugieren que, entre las rutinas de la normalidad y los instantes de excepción, se abren ámbitos de posibilidad que permiten cuestionar qué se entiende por investigación y cuáles son sus finalidades, y esto para un campo ocupacional, profesional y disciplinario que hoy es sumamente heterogéneo. El concepto de “emergencia” indica la existencia de un ámbito en disputa: el posicionamiento frente a lo previsible y lo imprevisible que engendra objetos de investigación. La doble acepción del término “emergencia” da cuenta de dos tradiciones intelectuales que se hallan en la base de la indagación del cambio. Mientras, por un lado, la dignidad humana urge a combatir o aliviar el daño, aunque no se tenga una idea clara de los fenómenos, por el otro lado, la alteración drástica de la normalidad constituye la oportunidad de descubrir el funcionamiento del mundo e inventar nuevas formas de hacer y de vivir.

Referencias

- AL-DAHASH, H.; THAYAPARAN, M., Y KULATUNGA, U. (2016). Understanding the Terminologies: Disaster, Crisis and Emergency, en *Proceedings Association of Researchers in Construction Management, 5-7th September* Manchester: Association of Researchers in Construction Management: 1191-1200.
- BEDAU, M. (1997). Weak Emergence, en Tomberlin, J. (ed.), *Philosophical Perspectives: Mind, Causation and World*. Malden: Blackwell: 375-399.
- BORDELOIS, I. (2017). *Etimología de las pasiones*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- BRUTER, C. P. (1978). The Theory of Catastrophes: Some Epistemological Aspects, en *Synthese*, 39 (2): 293-315.
- COMAROFF, J., Y KER-SHING, O. (2013). *Horror in Architecture*. San Francisco: Oro Editions.

- DE LANDA, M. (2000). *A Thousand Years of Nonlinear History*. New York: Swerve Editions.
- DE WOLF, T., Y HOLVOET, T. (2005). Emergence versus Self-organization: Different Concepts But Promising When Combined, en Brueckner, G.; di Marzo Serugenco, A., Karageorgos, A., y Nagpal, R. (eds.), *Engineering Self-Organising Systems, ESOA, S. A.* Heidelberg: Springer: 1-15.
- DÍAZ, F. (2011). Miedo a la arquitectura, en *Arq (Santiago)*, 77: 13-14.
- ELEB, M. (2018). Dispositifs, mots, images. Des recherches sur l'habitat et les modes de vie, en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 68-83.
- GOUX-BAUDIMENT, F.; HEURGON, E., Y LANDRIEU, J. (2001). *Expertise, débat public: vers une intelligence collective*. Paris: Editions de l'Aube.
- HERSCHER, A. (2017). *Displacements. Architecture and Refugee*. Berlin: Sternberg Press.
- HERSCHER, A. (2021). *The Global Shelter Imaginary (Conferencia magistral)*, en <http://econferencias.uacj.mx/ocs/public/conferences/35/ciace2021ConferenciaII.html>
- LADDAGA, R. (2006). *Estética de la emergencia. La formación de otra cultura de las artes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- LENGEREAU, E. (2018). Aux origins de la recherche architecturale en France, en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 20-29.
- MEINER, C., Y VEEL, K. (2012). Introduction, en Meiner, C. y Veel, K. (eds.), *The Cultural Analysis of Disaster*. Berlin: De Gruyter: 1-14.
- PICON, A. (2018). La recherche par le projet, au-delà et au coeur de l'architecture? en Cohen, J. L. (dir.), *L'Architecture, entre pratique et connaissance scientifique*. Paris: Centre de Monuments Nationaux: 146-167.
- SOROKIN, P. (2017). *Man and Society in Calamity*. New York: Routledge.
- VIRILIO, P. (2009). *El accidente original*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- WEINSTOCK, M. (2010). *The Architecture of Emergence*. London: John Wiley and Sons Ltd.



La arquitectura en la emergencia arqueológica: puente epistemológico en la valorización del pasado

David Arturo Muñiz García

Resumen

El proceso de valoración del pasado es vital para la pertinencia de la arqueología como área de conocimiento. La arquitectura se constituye como un puente epistemológico de diálogo entre la academia y el público en general. Cuando un arqueólogo enfrenta una situación de emergencia, como la destrucción de los vestigios, debe tender puentes de comunicación con otros interlocutores para hacer patente el valor del pasado. Para ello recurre con frecuencia a una liga epistemológica, como es la arquitectura, a la que se le otorga un valor *per se* como reflejo de la continuidad en nuestra forma de vida.

Se retoman aquí cuatro ejemplos de los llamados “salvamentos arqueológicos” que permiten visualizar la arquitectura en contextos de emergencia en México, tomando como marco los lineamientos generales del Instituto Nacional de Antropología e Historia. El salvamento es visto como paradigma del abordaje de la arquitectura en condiciones de emergencia, puesto que se otorga un peso especial a la narrativa arquitectónica como uno de los aspectos que permiten ligar a las comunidades del pasado con nuestro presente. De aquí se desprende la necesidad de un diálogo más activo entre las disciplinas arqueológica y arquitectónica, que puede enriquecer la comprensión del entorno construido como un sistema de ordenación del mundo.

Palabras clave: salvamento arqueológico, entorno construido, patrimonio.

Los retos de acercarse el pasado

En tiempos recientes la hegemonía de la ciencia como sistema de conocimiento ha sido fuertemente cuestionado (véase, por ejemplo, Feyerabend, 2007). Si bien el impacto de la crítica ha sido distinguido dependiendo el contexto en

que se realiza, parece evidente que aquellas áreas que no aluden a soluciones pragmáticas para nuestro estilo de vida tienden a ser cuestionadas con más fuerza. Esto nos lleva al cuestionamiento de cuál es la pertinencia de una disciplina científica como la arqueología.

En un contexto de crisis económica e hipersaturación de la información, las disciplinas científicas que estudian el pasado deben recurrir a elementos explicativos que aludan a nuestra propia forma de vida, para fijar el conocimiento generado en el imaginario colectivo. La arqueología es una de las disciplinas que construyen la memoria colectiva del pasado. Como las otras especialidades de la ciencia, la arqueología ha desarrollado una narrativa superespecializada que ha contribuido a su “elitización” (Galán Rodríguez, 2003; López Piñero, 1992; Lucio y Serrano, 1992). Si la asignación de valores de un conocimiento va frecuentemente en función de su “utilidad”, el pasado ha sido reconocido como fuente de identidad, cohesión social, de inventiva, de capacidad de resolución de problemas, entre muchas otras; en este sentido, el valor del pasado no sólo está en el pasado mismo, también en su relación con el presente, pero es necesario tender puentes que conecten el conocimiento en ambos extremos temporales.

En la actualidad nos encontramos en una condición coyuntural en cuanto al valor que se le asigna a un conocimiento por parte de la sociedad. La crítica de otros sistemas de saberes y la superespecialización del conocimiento científico han llevado a los arqueólogos a tender nuevos puentes epistemológicos que le permitan dialogar con la academia y con el público en general. En este trabajo se plantea que uno de esos puentes es la arquitectura, la cual ha sido un recurso preferente para explicar la materialidad del comportamiento humano. La pertinencia de la arqueología como disciplina científica transita por la posibilidad de cumplir una doble función que concatene la rigurosidad de sus métodos de investigación con su capacidad explicativa de fenómenos sociales. Al tener como su objeto de estudio a las sociedades a través de su cultura material, la arqueología exige que el pasado sea valorado como fuente de conocimientos válidos para entender el presente y, por tanto, como un área de la ciencia.

David Lowenthal (1985) dice que “El pasado es un país extraño”, y por ello es distinto a nosotros como sociedad contemporánea. Entonces ¿cómo acercarnos a un extraño? La respuesta parece simple: mediante los elementos que tenemos en común. Uno de los elementos que trascienden tiempo y espacio en las sociedades es la modificación del entorno natural para procurar mejores condiciones de vida (Rapoport, 1982), es decir, la arquitectura, la cual puede

servir para conectar conocimientos de distintos desarrollos históricos-espaciales, aludiendo a tipos de comportamiento, evidenciando la práctica constructiva en sus particularidades técnicas, como forma de modificar el ambiente tanto en el pasado como hoy. Decir que el pasado es un país extraño significa asumir críticamente que los investigadores somos un factor importante en la construcción de las representaciones de realidades pretéritas y que nos convertimos, en cierta medida, en constructores de un conocimiento, pues, como lo mencionan Rainer Díaz-Bone *et al* (2008: 6), “el discurso produce una percepción y representación de la realidad social”, discurso que ha de entenderse como parte de ese puente epistemológico a la que se ha hecho referencia.

Entorno construido

Se parte de la idea de que existe una relación entre las expresiones materiales y el comportamiento las sociedades. Las personas y los grupos ordenan el mundo percibido a partir de categorías que permiten ordenarlo y darle sentido: esas categorías tendrían una materialidad (Rapoport, 1969). La modificación del entorno natural para facilitar las condiciones de vida es uno de los factores presentes a lo largo de la historia; esto es lo que se concibe como entorno construido, el cual es definido “como cualquier modificación humana sobre la faz de la tierra” (Rapoport, 1969: 63). Estudios anteriores han sugerido que los seres humanos construyen sus entornos a partir de la paulatina modificación del espacio físico, siendo éste un proceso histórico en el cual la interrelación entre el entorno construido y la concepción del mundo están interrelacionadas (Norberg-Schulz, 1979; Rapoport, 1969, 1977, 1982; Santley, Stark, Johnston, y Smith, 2012; Smith, 2007; Stark, 2014; Thomas, 2001; Tilley, 1994).

El entorno construido se compone por los entornos naturales, edificados y no edificados, pero en el proceso de conformación de éste entran en juego cuatro aspectos principales: espacio, tiempo, comunicación y significado (Rapoport, 1982: 78). El aspecto de la comunicación resulta vital en la interpretación de los entornos construidos, pues se considera que las características espaciales se vinculan con las estructuras socioculturales de las que emana: “Las reglas bajo las cuales se rigen la organización del espacio, el tiempo, el significado y la comunicación muestran regularidad porque están ligadas de manera sistemática a la cultura” (Rapoport, 1969: 14). Christian Norberg-Schulz (1979: 20) dijo que “la vida humana no puede desarrollarse en cualquier parte, presupo-

ne un espacio que sea en realidad un pequeño cosmos, un sistema de lugares significativos”; estos lugares constituyen las huellas materiales de la actividad humana en el espacio, materialidad que es objeto de estudio arqueológico.

“Entorno construido” es un concepto retomado desde la fenomenología, donde se atienden los aspectos no sólo materiales sino también posibles de alterar en el entorno natural y al vivir en un lugar. Ser-en-el-mundo implica la apropiación simbólica del espacio y su construcción como un lugar para habitar. Entorno construido separa edificación como acciones físicas particulares, de la construcción como conjunto de acciones simbólicas que pretenden apropiarse de un espacio para convertirlo en lugar. En ese sentido, la arquitectura sería la concreción material de la acción simbólica de habitar un lugar que permite la acción técnica de edificar y, al mismo tiempo, el proceso mental de construir (Rapoport, 1969, 1977). Así pues, la arquitectura nos puede acercar a la comprensión y valoración de las sociedades que moran en ella.

Usar entorno construido como marco referencial nos permite interpretar el sistema de ordenación del mundo por parte de una sociedad. Ahora bien, construir un lugar para vivir tiene la implicación de ser una constante en el comportamiento humano a lo largo del tiempo. La antropología ha mostrado que las sociedades construyen su ser-en-el-mundo de maneras distintas, lo que ha invalidado cualquier intento de someter el comportamiento humano a una ley o enunciados tipo ley. Pero es distinto que no exista una sola manera de ser-en-el-mundo a que todas las sociedades lo intenten y esto tenga una expresión material. La arquitectura, vista como la edificación material de la construcción simbólica, es una de acción recurrente en el ser humano. A pesar de las profundas diferencias entre una sociedad y otra, es posible entender el valor de construir un entorno, pues todos somos-en-el-mundo desde un lugar.

Dicho de otro modo, la organización espacial del entorno construido no es sólo el reflejo inmóvil de la voluntad que tuvieron los constructores/diseñadores de un asentamiento. Esta organización reproduce también las estructuras socioculturales que las comunidades tenían, esto en una relación dialéctica entre el propio entorno construido y los habitantes/usuarios del asentamiento (Hanson y Hillier, 1984). Amos Rapoport (1969: 24) señala que la forma de lo edificado y la organización del espacio son producto, principalmente, de los esquemas socioculturales. Lo que se pretende establecer aquí es que el entendimiento del otro, el de las sociedades de “un país extraño”, como los son las del pasado, es más asequible desde valores similares que desde elementos muy particulares de la forma de vida. Edificar para construir un lugar es algo

que seguimos haciendo. Las sociedades del pasado también lo hicieron. Aunque su materialidad se vea distinta, podemos tener escenarios de valores de vida compartidos, aludiendo a la arquitectura como una práctica recurrente en las sociedades.

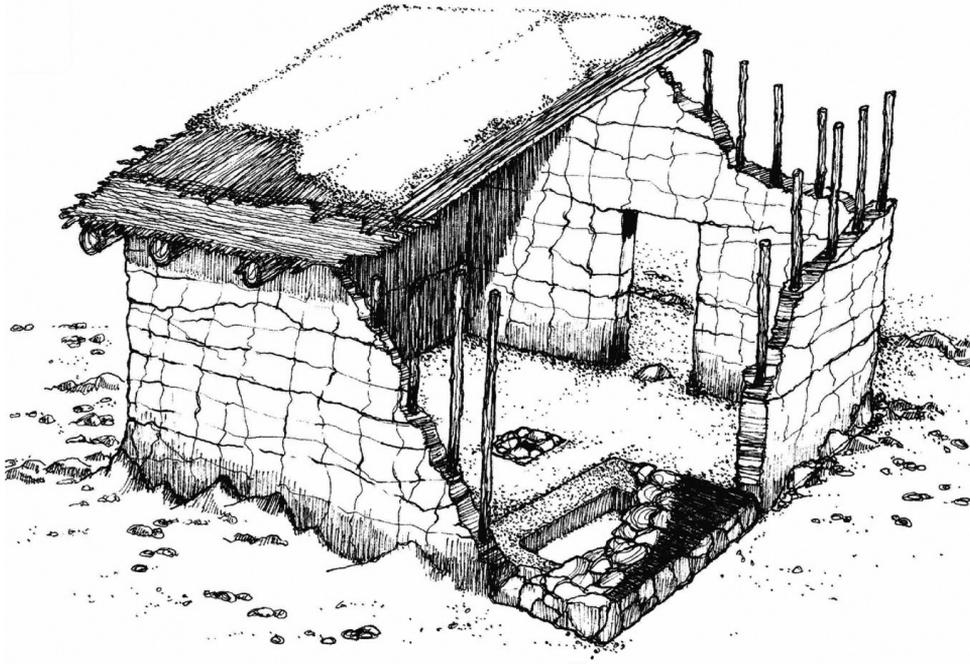


Figura 1. Reconstrucción hipotética de una habitación prehispánica por Rubén Durazo, 2015. La concreción material de habitar un lugar se da en un entorno edificado, incluso una casa como la que aquí se muestra.

Emergencia en arqueología

Una de las características de la emergencia es su condición apremiante o que pone en riesgo el estado que se guarda hasta ese momento, las respuestas a estos cambios súbitos demuestran la experticia de las distintas disciplinas. Una de las acepciones de emergencia en disciplinas como la arquitectura implica la respuesta constructiva ante una situación extraordinaria, generalmente destructiva.

La emergencia en arqueología no es muy distinta en esencia a la de arquitectura. Los contextos arqueológicos son formados a lo largo de mucho tiempo, generándose una relación directamente proporcional entre la cantidad de tiempo de un vestigio y su condición de vulnerabilidad. Los materiales dentro de un contexto arqueológico tienden a un rápido deterioro tras su abandono, seguido de un lento proceso de estabilización fisicoquímico con su entorno y un deterioro dramático tras su reclamación. De allí que la intervención arqueológica tenga que ser rápida y eficaz, con la finalidad de minimizar la pérdida del material, con una especial atención en el registro, puesto que la práctica arqueológica es eminentemente destructiva del contexto original (Renfrew y Bahn, 2004).

La arqueología contemporánea hace un gran énfasis en la preparación previa a la intervención en campo debido a esta cualidad endeble del contexto arqueológico. De hecho, varios autores subrayan que gran parte de la eficiencia de una intervención arqueológica se encuentra en una meticulosa preparación de las acciones a tomar en campo y laboratorio (Ruiz Zapatero, 1988). En condiciones ideales, se interviene un sitio arqueológico con suficiente tiempo y preparación para minimizar el daño a los vestigios a través de proyectos de investigación que llamaremos *convencionales*. En México estos proyectos suelen contemplar como mediano plazo más de tres años, y de largo plazo para los que superan la decena de años.

Sin embargo, las condiciones actuales presionan mucho a los sitios arqueológicos. Factores como crecimiento de la urbanización, las obras de infraestructura, las remodelaciones, las obras particulares y, en general, cualquier obra de construcción puede dañar vestigios materiales del pasado. En cualquiera de estas circunstancias, la localización fortuita de vestigios arqueológicos tienen como respuesta de la arqueología institucional el rescate y el salvamento. El rescate es una intervención inmediata ante la destrucción ya hecha o en proceso, con la intención de recuperar la mayor cantidad de vestigios posibles, pero que regularmente tiene un contexto muy alterado. Es decir, se rescata un vestigio en proceso de destrucción o ya destruido.¹

Por su parte, el salvamento arqueológico es un punto intermedio entre los proyectos convencionales y el rescate, Los salvamentos surgen debido a una

1 Las Disposiciones Reglamentarias para la Arqueología en México (DRAM) definen el rescate como: “investigación arqueológica originada de manera imprevista como consecuencia de la realización de obras públicas, privadas o causas naturales. El área por ser investigada y el tiempo necesario para llevar a cabo la investigación de campo están determinados por esas obras o causas” (INAH, 2017, capítulos I, 4°).

obra constructiva que pone en riesgo o ha dañado parcialmente el patrimonio arqueológico, sea éste conocido o desconocido. En cualquiera de los casos se cuenta con un tiempo limitado para la planeación de las intervenciones.²

La legislación mexicana reconoce esta diferencia separando a los “Proyectos de investigación arqueológica originados por interés científico”, que son lo que aquí contemplamos como convencionales, y “Proyectos de investigación arqueológica originados por la afectación de obras públicas o privadas, o por causas naturales”, donde entrarían el salvamento y el rescate (INAH, 2017). De este modo, los proyectos de rescate y salvamento surgen siempre de la solicitud del encargado de la obra de edificación. Esta distinción, más bien de corte administrativo, no implica que los proyectos de rescate y salvamento carezcan del rigor metodológico de la arqueología científica, aunque ciertamente el acento de estos proyectos suele estar en los ámbitos pragmáticos de la salvaguarda del patrimonio. Margarita Carballal *et al* (2000) dicen que “La arqueología de salvamento y de rescate está definida por ley... sin embargo, sus caracterizaciones se establecen más en función de la práctica cotidiana que de la normatividad o de percepciones estrictamente académicas”.³

El salvamento: características

En México no existe algo cercano a un manual de prácticas o procedimientos para el rescate y el salvamento arqueológico, aunque se tienen los Procedimientos de Desarrollo de Investigaciones Arqueológicas-Salvamento y Rescate- en Áreas de Obra de Infraestructura Pública o Privada que, como explican Carballal Staedtler *et al* (2000) son más de índole procedimental y administrativo para la claridad en la comunicación entre arqueólogos y terceros interesados. En países como Estados Unidos, diversas disposiciones de orden procedimental regulan la labor de la intervención arqueológica para la salvaguarda del patrimonio arqueológico, conocidos como *Cultural Resource Management*, que, aunque varían por cada estado de la Unión, atienden aspectos

2 Definida por la DRAM como investigación arqueológica originada como consecuencia de la realización de obras públicas y privadas, cuya necesidad puede ser prevista. El área por estudiar está determinada por las obras que originan la investigación, con tiempo disponible para llevar a cabo el trabajo de campo en forma planificada.

3 El fundamento legal de la DRAM se encuentra en la vigente Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, la Ley Orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia-INAH y el Reglamento del Consejo de Arqueología-INAH (Cottom, 2006).

administrativos así como brindan recomendaciones mínimas a contemplar en los proyectos y en los informes.

Por otro lado, los proyectos e informes arqueológicos, tanto de salvamento como de proyectos convencionales, deben contar con la aprobación del Consejo de Arqueología, órgano consultivo que “determinará sobre el otorgamiento de autorizaciones en materia arqueológica a instituciones nacionales y extranjeras y propondrá su aprobación o rechazo, según el caso, a la dirección general”. De este modo, se da paso para que el consejo “oriente las formas en las que la investigación arqueológica debe desarrollarse en el país”. En la práctica, estas disposiciones se reflejan en recomendaciones e instrucciones para que los proyectos contemplen elementos académicos como objetivos, justificación, metodología, presupuestos, entre otros, todos ajustados a la disposiciones legales y estructura administrativa del instituto (INAH, 2017).

Si bien todos los proyectos arqueológicos en México están regulados de la misma manera, los salvamentos tienen que “poner a prueba en un tiempo corto la habilidad de técnicas y metodologías arqueológicas, las cuales deberán ajustar sus tiempos para adecuarse a las necesidades de las distintas obras a realizar, pero jamás deberán perder de vista que la información que de ahí se genere es irremplazable, sin dejar el rigor metodológico que exige la práctica científica de la arqueología” (Pérez Castellanos y Esparza López, 1997: 15). El salvamento se ha convertido en una especialización al punto que la Subdirección de Salvamento Arqueológico es la que concentra la mayor cantidad de arqueólogos contratados en el INAH (que a su vez es el principal empleador en la arqueología mexicana), con la particularidad adicional de siempre estar a contrarreloj. El salvamento es, pues, la principal herramienta de salvaguarda del patrimonio arqueológico de México, la primera línea y, en ocasiones, la única que separa el olvido y la destrucción de los vestigios, de la recuperación y puesta en valor del patrimonio. El salvamento es la respuesta de la arqueología a la emergencia que significa la permanente labor constructiva.

En las condiciones actuales, es imposible detener por completo la destrucción del patrimonio arqueológico inherente a labor constructiva.⁴ Entonces ¿qué debemos cuidar y por qué? La LFMZAAH contempla:

4 Diferentes postulado teóricos plantean que la naturaleza del contexto arqueológico es cambiante y que la *destrucción* de un contexto no es sino el paso a otro tipo de contexto, donde siempre quedan huellas rastreables para entender el comportamiento humano que generó los cambios (Renfrew y Bahn, 2004).

Son monumentos arqueológicos los bienes muebles e inmuebles, producto de culturas anteriores al establecimiento de la hispánica en el territorio nacional, así como los restos humanos, de la flora y de la fauna, relacionados con esas culturas (Cámara de Diputados, 2014, Capítulos III, 28°).

Bajo esta premisa, toda evidencia material de las actividades de grupos prehispánicos deben protegerse, pues tienen el valor de evidenciar a esas “culturas anteriores”. Sin embargo, en la práctica es menos sencillo hacer palpables ese valor y tener condiciones adecuadas para cuidar todo vestigio arqueológico.

El patrimonio autoevidente frente al que no lo es

Un error común de los científicos es asumir que la materia de su especialidad tiene un valor autoevidente. Para que algo pueda poseer un cierto valor, éste debe ser socialmente construido. En el caso de los vestigios arqueológicos, su valor radica en la posibilidad de que se conviertan en patrimonio; es decir, a pesar de que la LFMZAAH asume que todos los bienes arqueológicos son de interés público, eso no implica que sean significativos para los no especialistas, y existe una distancia considerable entre legislación y práctica. Este asunto es de vital importancia, pues si las personas no asignan una significación a un objeto, como el arqueológico, éste no tiene valor para ellos y, por tanto, no tendrían ningún interés en su cuidado. Entonces, el valor del patrimonio arqueológico no es autoevidente y requiere puentes de conexión con los no especialistas; uno de ellos es la arquitectura.

Una de las estrategias para entablar una comunicación efectiva entre los especialistas y el público en general es establecer elementos que sean conocidos y cuya importancia sea compartida por ambos grupos (Ham, 2013), lo cual puede llevar al reconocimiento de los vestigios como un patrimonio, entendiendo este último “como el resultado de un proceso de construcción de una significación simbólica soportada por un objeto (artístico, etnológico, arquitectónico, o incluso inmaterial) que se vuelve patrimonial y compartido por un grupo social. Este proceso de construcciones llamado patrimonialización” (Dormaels, 2011), lo que nos lleva a plantear que la intención de la construcción social de una puesta en valor es que los bienes arqueológicos se patrimonialicen.

Roberto Bustos Cara (2004) dice que “La patrimonialización es un proceso voluntario de incorporación de valores socialmente construidos... La apropiación y valorización como acción selectiva, individual o colectiva, se expresa en

acciones concretas que permiten construir referencias identitarias durables”. La distancia temporal con los grupos prehispánicos hace que la construcción de esas referencias identitarias sea compleja. Por ello se acude al valor que comparten los habitantes antiguos y contemporáneos: la arquitectura, entendida como la modificación del entorno natural mediante acciones materiales concretas para procurar mejores condiciones de vida.

A pesar de que ningún patrimonio es evidente por sí mismo, es más efectivo aludir a aquél en que se comparten valores. La arquitectura pública y privada es una de las pocas constantes en el comportamiento del ser humano y, por tanto, un puente epistemológico entre distintos grupos culturales, es decir, la acción de edificar para habitar o para comunicar trasciende en el tiempo. Habitar un lugar es ser en el mundo, y para habitar es necesario construir mediante edificaciones (Norberg-Schulz, 1979). Las personas han recurrido a la arquitectura para ser en el mundo; desde pequeños refugios temporales de materiales perecederos, pasando por muros de bajareque, adobe o mampostería, para levantar una casa permanente y hasta los complejos sistemas de edificación modernos, todos están ligados por el mismo principio de modificación material del entorno natural. Entonces, es posible aludir a la arquitectura como una constante que permite establecer valores compartidos de la forma de vida contemporánea con los vestigios de culturas pasadas.

Los arqueólogos han usado de manera explícita e implícita a la arquitectura para establecer esos puentes de entendimiento compartido. Para la arqueología, es necesario la patrimonialización de los vestigios, pues es claro que el volumen y complejidad de los vestigios supera ampliamente la capacidad humana y de recursos materiales necesarios para salvaguardarlos. A pesar de lo establecido por la ley, las personas en general no tienen los elementos mínimos para asignar el valor de un vestigio como “evidencia material del pasado”.⁵ No significa que sin las evidencias arquitectónicas no se pueda reconstruir el pasado; es, más bien, que la arquitectura permite una comunicación más fluida.

A continuación, se presentan de manera muy breve algunos ejemplos de cómo el salvamento alude a la arquitectura para establecer puentes epistemoló-

5 Un problema tangencial es que la población identifica un valor monetario antes que simbólico a un vestigio arqueológico. El desconocimiento, junto con las profundas carencias económicas en México, llevan a las personas a fincar esperanzas de remuneración monetaria a cambio de los vestigios arqueológicos. A pesar de las estratosféricas cifras en subastas internacionales (Díaz, 2021), éstas son una muy rara excepción en el destino final de un objeto arqueológico. El valor monetario es ínfimo y, sobre todo, ilegal, pero suficiente para alimentar la imaginación de las personas, las cuales intentan recuperarlos para venderlos.

gicos con otros especialistas y con las personas en general. Se parte de uno de los casos más emblemáticos de este proceso, el Templo Mayor de los mexicas; enseguida se comparan dos ejemplos de distintas latitudes del país que se conocen de primera mano: el proyecto de la Supervía Poniente en la zona de Santa Fe, Ciudad de México, y el proyecto las líneas de transmisión eléctrica Las Puérechas en el norte de Michoacán, para finalizar con el contraejemplo del salvamento en el Aeropuerto de Santa Lucía, por la no presencia de arquitectura. La intención de la comparación es analizar la manera en donde la arquitectura estaría tomando un papel protagónico para establecer un puente de comunicación y entendimiento del presente con el pasado.

Arquitectura en algunas emergencias arqueológicas

Templo Mayor

Los trabajos arqueológicos del Templo Mayor en el Centro Histórico de la Ciudad de México es uno de los ejemplos más significativo de cómo un rescate puede dar paso a un salvamento y luego a un proyecto integral. En este tránsito se utilizó a la arquitectura como un puente epistemológico para conectar los ámbitos políticos, académicos y de divulgación. Si bien el Proyecto Templo Mayor (PTM) también responde a una coyuntura político-económica, hoy resulta evidente que la presencia y el uso de la arquitectura monumental ha sido un factor clave para el desarrollo del proyecto.

En febrero de 1978, mientras se realizaban trabajos de acondicionamiento para el cableado subterráneo, se descubrió de manera fortuita una enorme escultura que representaba a la deidad prehispánica Coyolxauhqui (Matos Moctezuma, 1981: 3), lo cual “desencadenó una serie de acontecimientos que transformaron el rostro de la Ciudad de México y revolucionaron nuestros conocimientos sobre la antigua civilización mexicana. En esa coyuntura irreplicable, el Instituto Nacional de Antropología e Historia logró cristalizar, con el apoyo de la iniciativa privada, una de las empresas arqueológicas más ambiciosas y duraderas de los últimos tiempos: el Proyecto Templo Mayor” (Echevarría y López Luján, 2017: 2). Aun cuando el potencial arqueológicos del centro de la urbe era conocido desde hacía mucho tiempo (Cué Ávalos, 2014), fue la “coyuntura política-económica” la que permitió pasar de hallazgos fortuitos y continuos al desarrollo de un proyecto de forma (Rosas Mantecón, 2003).

De acuerdo con Ana Rosas Mantecón (2003), en el PTM las decisiones político-administrativas subordinaron los objetivos académicos y han perpetua-

do la “visión mitificada y grandiosa de los mexicas —que es la base para la construcción de nuestra ‘conciencia de nación excepcional’, como lo manifestó tan diáfananamente José López Portillo— corresponde a una particular idea de la nacionalidad mexicana hegemonizada a través de la escuela, los medios de comunicación, los libros y los museos” (Rosas Mantecón, 2003: 64). Esto no demerita la trascendencia de las investigaciones realizadas, pero evidencia un entramado más allá de lo académico que permite contextualizar el desarrollo de este proyecto excepcional.

La copiosa literatura, generada a partir de las múltiples temporadas de campo y permanente labor de gabinete, dan cuenta del que el PTM posiblemente sea el proyecto arqueológico de mayor envergadura en nuestro país, reconocido así por el Fórum de Arqueología de Shanghai, el cual “designó el Proyecto Templo Mayor como uno de los diez mejores programas de investigación arqueológica a escala mundial en el periodo 2013-2015” (López Luján, 2018: 52). Con más de trescientas fichas de trabajos académicos, el PTM ha sabido capitalizar los apoyos recibidos y ha profundizado en temas diversos, con un especial énfasis en los trabajos de conservación y restauración de materiales (López Luján, 2018). Pero, al revisar la historia de su desarrollo, observamos que la arquitectura ha estado presente de manera constante para poder vincularse con otros sectores, en especial con el público en general, y, por tanto, en el impacto en el imaginario popular, tema de alto interés para los políticos.

Tras el hallazgo de la Coyolxauhqui, se llamó al INAH para hacerse cargo de la colosal escultura. Acudió el arqueólogo Raúl Arana, quien inició el rescate del vestigio y notificó a Ángel García Cook, jefe de la oficina de Salvamento del INAH, quien hizo lo propio con el director del Instituto, Gastón García Cantú, y éste llamó al presidente López Portillo, pues eran amigos personales, y despertó el interés del mandatario. Unos días después, y ya con el monolito descubierto, el presidente visitó el lugar del hallazgo y se determinó ampliar los trabajos, pues era claro que estaban en algún punto del antiguo recinto sagrado de Tenochtitlan (López Luján, 2018).

El rescate dio paso a un proyecto de salvamento arqueológico encabezado por Eduardo Matos Moctezuma, que consistió en tres fases: la primera estuvo dedicada a “La obtención de datos” y el establecimiento de las estrategias de campo, las cuales se llevaron a cabo en la fase 2 e iniciaron en marzo de 1978; la fase 3 fue para “comprender la interpretación de los datos”. La segunda se prolongó por tres años ante la abundancia de hallazgos (Matos Moctezuma, 1981: 11). Era claro que la voluntad política de abrir al público los restos del Templo

Mayor se compaginaba con las dimensiones de los hallazgos. Los trabajos de acondicionamiento y restauración continuaron mientras se analizaban e interpretaban los materiales. Para 1987 se inició la segunda temporada de campo, a la que le siguieron otras seis temporadas hasta 2018, las cuales ya fueron parte de un proyecto integral, que incluía el establecimiento de laboratorios de análisis permanentes, la construcción de un museo, los trabajos de liberación y acondicionamiento, entre muchos otros. De este modo, el rescate dio paso a un salvamento y éste, a su vez, a un proyecto integral, camino ideal para resolver la emergencia en arqueología.

El PTM ha sido reconocido por el manejo de los materiales muebles, cuyo análisis y conservación constituyen, en buena medida, el camino a seguir en la arqueología mexicana; sin embargo, esto no implica que no aludieran a la arquitectura como herramienta de vinculación epistémica. El primer argumento es la decisión de no continuar con la práctica de reconstruir los edificios prehispánicos para su visita pública: “se contemplaron aspectos colaterales como son el principio que hemos sustentado de la no reconstrucción, ya que la destrucción del Templo Mayor es un hecho histórico y no se debe alterar el momento” (Matos Moctezuma, 1981: 11). La decisión se justifica plenamente en términos académicos, aunque no dejó de ser polémica.

Esta decisión permitió que la discusión se ampliara más allá de los arqueólogos; especialistas de otras áreas y público en general se remitían a lo que se podía ver y a lo que no se podía ver, a comparar los restos de un edificio (prehispánico) con los que estaban en pie y se podían usar (virreinales y modernos), a imaginar cómo fue el espacio vivido y cómo es ahora. La vinculación inmediata era lo visible, lo edificado, lo que podía ser similar en función, aunque no en la forma, a lo que nosotros como sociedad conocemos; los edificios como evidencias materiales del ejercicio del poder. La arquitectura permitió comprender mejor a la sociedad mexicana y esto, a su vez, permitió amalgamar los intereses políticos, económicos y académicos.

El proceso de comprensión de la ordenación del mundo antiguo desde las edificaciones no pasó inadvertido por los especialistas. Así pues, una gran cantidad de los textos generados a partir del PTM se refieren directamente a la arquitectura, los que no, como aquéllos consagrados a los materiales muebles, aluden constantemente a ella. Es común que los textos inicien o cierren comparando la dimensión del tema analizado en el texto, una ofrenda; por ejemplo, en función de la totalidad edificada del Templo Mayor. Frases como: “esto es tan sólo un fragmento de lo encontrado”, “la zona de estudio es un porcentaje

ínfimo de la totalidad del recinto” o “este hallazgo es una pequeña muestra de todo lo que falta por descubrir”, son sólo ejemplos de cómo se suele abrir o cerrar estos textos.

Leonardo López Lujan inicia la publicación conmemorativa de los veinticinco años de investigaciones del PTM diciendo:

Matos logró explorar entonces 1.29 hectáreas del Centro Histórico de la Ciudad de México, lo que equivale nada menos que al 10.5% de las 12.24 hectáreas que habría abarcado el recinto sagrado de Tenochtitlan, y al 0.1% de los 13.5 km² que habría tenido la capital insular a principios del siglo xvi (2018: 37) (figura 2).

Esto es válido y certero, pero lo que nos interesa aquí es que estas alusiones pueden generar una expectación o estimular la imaginación del lector para dimensionar la relevancia de la investigación y, para ello, se atiende a la arquitectura como un desarrollo del conocimiento común a los habitantes prehispánicos, así como a los arqueólogos, otros especialistas y el público en general. Es posible pensar que, sin la contraparte arquitectónica y experiencial de la zona arqueológica de Templo Mayor, las investigaciones particulares, como las de los materiales arqueológicos, no hubieran tenido apoyo financiero.

Siguiendo la idea de Mantecón (1995, 2003), a partir de la información de PTM se estableció una continuidad de la monumentalidad y la grandeza de una entidad política, como la mexica, hasta nuestros días. La manera de generar un vínculo tangible y vivido ha partido de la materialidad, que de manera visual y discursiva se relaciona proporcionalmente con las dimensiones arquitectónicas (o los restos de ella) y a su vez con la fortaleza del aparato gubernamental, para luego proyectarse hacia los edificios virreinales, como la Catedral Metropolitana, y, enseguida, con la presencia del Estado-nación mexicano en los edificios gubernamentales. Otra acepción implícita es ver a la arquitectura pública como forma de comunicación que proyecta y representa la forma de organización sociopolítica. Es la expresión material de las relaciones de dominación al interior de un grupo.



La figura 2. Zona arqueológica Templo Mayor en el Centro Histórico de la Ciudad de México (BekaHari bajo licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Recinto_Templo_Mayor.JPG#file).

Los mexicas “dominaron su mundo desde el Templo Mayor” es una frase repetida infinidad de ocasiones, pero, al replantearlo con las categorías de análisis propuestas, sería así: quienes ordenaron la edificación de estos monumentales templos, construyeron un mundo donde ellos constituían la fuerza hegemónica. Si seguimos el discurso oficialista de continuidad cultural, tendríamos que los herederos (elites gobernantes) de la labor edificatoria monumental en el periodo virreinal y actual siguen siendo las fuerzas hegemónicas del Estado nación mexicano. La arquitectura entonces se convierte en una forma de conectar sentidos y discursos en distintos niveles y sectores de la población. De ahí se desprende la relevancia de analizarla como una zona liminal epistemológica en la valorización del pasado.

En el Templo Mayor la emergencia arqueológica continúa, pues las posibles afectaciones están presentes de manera constante. Por ello se creó el Programa

de Arqueología Urbana, que funciona como una oficina de salvamento arqueológico para el área del recinto sagrado de Tenochtitlan. Este programa sigue las directrices de la segunda fase del PTM, es decir, actúa a partir de ya tener preguntas de investigación e información previa compilada. La arquitectura sigue desempeñando el papel de puente de comunicación entre los sectores involucrados en la respuesta a la emergencia arqueológica.

Poniente de la Cuenca de México

El caso del Templo Mayor es excepcional. Mientras que la mayoría de los casos de emergencia en arqueología siguen un camino más sencillo, en general, los rescates arqueológicos recuperan algunos vestigios y, en pocas ocasiones, desembocan en un salvamento. Lo fortuito de un hallazgo hace que sea complicado engarzar las piezas legales, administrativas, políticas, económicas y académicas que se requieren para la realización de un proyecto. Los salvamentos son, por lo regular, producto de acuerdos jurídico-administrativos previos entre instituciones. Así el Procedimiento para el Desarrollo de Salvamentos indica un tratamiento específico para las solicitudes de los entes con convenios previamente firmados con el INAH (INAH, 2009). Un segundo rubro de las solicitudes es el de entidades que contemplan en sus disposiciones legales la protección de bienes arqueológicos, como el Gobierno de la Ciudad de México (GDF). En tercer lugar, las empresas contratistas y para interesados particulares.

Este orden de solicitudes no es por sí mismo una lista de prioridad, más bien permite separar las dimensiones de la posible intervención y complejidades administrativas por sortear. La emergencia de una intervención puede surgir en cualquier lugar, en cualquier momento, de modo que los convenios previos permiten que la intervención arqueológica sea menos dilatada y que los intereses académicos puedan ser rápidamente ajustados a los posibles hallazgos.

A continuación, revisaremos el caso del Proyecto Supervía Poniente (PSAP), uno de los cientos de que se han dado en Ciudad de México y que siguieron la mencionada ruta común de los salvamentos.

El crecimiento de la Ciudad de México ha arriesgado la mayoría de los sitios arqueológicos en la cuenca. Hacia el poniente este proceso se aceleró con la edificación de la zona ejecutiva conocida como Santa Fe. En la búsqueda de disminuir un poco la presión de accesibilidad, el gobierno de la ciudad licitó la construcción de una autopista urbana de pago conocida como Supervía Po-

niente, que consistía en 5.24 kilómetros de construcciones lineales y varios más de obras alternas (Muñiz García y Sumano Ortega, 2017).

Como parte de los lineamientos de la licitación de la obra, el GDF solicitó que se atendieran posibles afectaciones al patrimonio arqueológico. La empresa contratista pidió los permisos correspondientes al INAH, el cual, tras una inspección de la zona de obra, determinó que, ante la presencia de sitios arqueológicos en las cercanías, la Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA) interviniera. Los trabajos iniciaron en 2011 y concluyeron al año siguiente; consistieron en fotointerpretación, recorridos de superficie, excavación y análisis de materiales. Como resultado, se determinó la presencia de un asentamiento humano del periodo Posclásico Tardío, que continuó durante el siglo XVI y que parece haber sido abandonado, para volver a ocuparse hacia momentos tardíos de la época virreinal. El nombre actual de la zona es Tarrango, pero parece corresponder con el poblado mencionado en fuentes como Acaxuchitl; se sugiere que fuera parte de un *calpulli* de leñadores otomíes sujetos al señorío tepaneca de Coyoacán y, después, al Marquesado del Valle de Oaxaca (Muñiz García y Sumano Ortega, 2017, 2019).

El proceso para llegar a estas interpretaciones no estuvo exento de las problemáticas comunes en los contextos de emergencia arqueológica. Por distintas circunstancias administrativas, el salvamento inició varios meses después de que la obra había comenzado. La labor de remoción de sedimentos con maquinaria industrial podría desaparecer huellas ancestrales en minutos, por lo que la tierra removida se acumulaba en las inmediaciones, colocando varios metros de sedimentos adicionales en las zonas con posible presencia de vestigios. Tras una fase de prospección superficial el Proyecto de Salvamento Arqueológico Supervía Poniente (PSASVP) localizó varios tipos de terrazas agrícolas y materiales muebles como cerámica y lítica. Esto indicaba claramente la presencia de grupos humanos que vivieron de manera permanente en la zona, aunque la incertidumbre era si la obra había pasado inadvertidamente dichos vestigios. Se realizaron varias excavaciones exploratorias donde se determinaron los distintos sistemas constructivos de las terrazas agrícolas y se localizó un canal de agua tallado en el tepetate para proveer dichas terrazas. El hallazgo era relevante, pues insertaba a este sitio en la discusión académica de los sistemas agrícolas de la Cuenca de México.

El hallazgo del canal de agua ocurrió en una de las zonas en las que se separó el área de afectación. En cada sección se hacían muestreos aleatorios controlados; esto quiere decir que en las cercanías del canal de agua había otros cinco

pozos de sondeo que no tuvieron hallazgos significativos. El dato es relevante, pues, a pesar del entusiasmo académico por el hallazgo, varios pozos aledaños aún en proceso de trabajo fueron tapados con desperdicio y cemento por parte de la constructora. La incredulidad de los arqueólogos sólo podía deberse a la insensibilidad, la ignorancia o al boicot por parte del personal de la empresa. La reflexión desde este trabajo redirecciona esa acción a una falta de contacto epistemológico que permitiera el entendimiento entre las partes.

Poco tiempo después, en otra de las secciones de trabajo, se localizó el desplante de un muro, seguido de otras partes de una unidad habitacional. La evidencia arquitectónica cambió la relación de trabajo entre los arqueólogos y el personal de la constructora. Las interpretaciones posteriores permitieron saber que se trataba de una habitación estacional, comunitaria ocupada antes, durante y algunos años después de la conquista (Muñoz García y Sumano Ortega, 2019). Los trabajos en esta sección no se desarrollaban en condiciones distintas a las otras; por ejemplo, poco después de iniciar una de las excavaciones, una retroexcavadora comenzó a trabajar a pocos metros, acción que, a juicio de los arqueólogos, era una forma de presión para la finalización apresurada de los trabajos de salvamento.

Resulta evidente que tras el hallazgo de evidencia arquitectónica la comunicación con el resto de los agentes involucrados tomó un nuevo rumbo. Así, la presión en esta sección disminuyó sensiblemente y empezaron las visitas de altos directivos de la constructora, así como la de ingenieros y arquitectos de otras áreas de la obra. Hasta ese momento la pregunta común era ¿cuándo terminan? Sin embargo, a pesar de que siempre iniciaban o terminaban con esta misma pregunta, ahora sumaban cuestionamientos como ¿de qué tamaño pudo ser la casa?, ¿qué otros elementos constructivos tenían?, ¿cuántas otras personas podían vivir aquí?, ¿orientaban sus construcciones?, entre otras preguntas que tenían como hilo conductor el entendimiento de las particularidades de la técnica de edificación y las posibilidades para habitar que ésta otorgaba. Los trabajadores no profesionistas también manifestaron notablemente su interés, haciéndose común las visitas de cuadrillas tras finalizar su horario de trabajo, mostrando una especial atención en los materiales de la habitación y la ubicación en el entorno; ¿por qué querían vivir aquí?, ¿de qué vivían?, preguntas que podíamos relacionar con los otros hallazgos, como los de las terrazas.



Figura 2. Maquinaria pesada trabajando de manera simultánea al proceso de excavación durante el Salvamento Supervía Poniente, una muestra de la emergencia en arqueología. Fotografía: David Muñiz, 2009.

El incremento del interés no significó un cambio en las condiciones de los convenios previos. Los vestigios se volvieron a soterrar y se creó un polígono de protección que vedaba la actividad pesada y sin supervisión en las inmediaciones de la unidad habitacional y las terrazas localizadas. Pero, hay que resaltar que cambiaron las condiciones inmediatas de trabajo, así como la fluidez en la comunicación. En este contexto de emergencia arqueológica la arquitectura permitió establecer una zona liminal de conocimientos compartidos entre los actores participantes. El equipo del PSASVP utilizó esta comprensión compartida, empírica en el momento, para incrementar el volumen de trabajo gracias al apoyo adicional de la empresa. Por ejemplo, se proporcionó maquinaria para soterrar los pozos ya excavados, lo que liberó los suficientes recursos humanos

para una exploración en el Parque Tarango, aledaño a la obra. De esta manera, la arquitectura permitió que se le asignaran valores intrínsecos a los vestigios del pasado, como evidencia de una resolución edificatoria para vivir en un lugar y que convertía a los vestigios en un puente de comunicación con el pasado y entre los actores involucrados.

Norte de Michoacán

Los convenios de colaboración entre el INAH con las entidades federales encargadas de las principales obras de infraestructura en México es otra de las vías para la atención de emergencias en la arqueología. Estos convenios han permitido varios de los trabajos de salvamento de más grande aliento en este rubro. En el marco de colaboración entre la Comisión Federal de Electricidad (CFE) y el INAH, se realizaron trabajos arqueológicos entre 2014 y 2016 al sur de la Laguna de Chapala. La CFE se encontraba en proceso de planeación y desarrollo inicial para la colocación de 92.7 kilómetros de líneas de transmisión de media tensión y una subestación eléctrica, llamada Las Purépechas. Esta obra atravesaría partes de los municipios de Sahuayo, Jiquilpan, Villamar, Chavinda, Pajacuarán, Vista Hermosa, Tangamandapio y Jaconá, en la zona Norte de Michoacán.

Tras una primera inspección se determinó que la mayor parte de la zona de obra quedaba liberada de la intervención arqueológica, con la excepción de algún hallazgo soterrado fortuito, por lo cual se reservó y condicionó la labor edificatoria en seis lugares. Con esta información, se dio paso a la elaboración del Proyecto de Salvamento Arqueológico Las Purépechas (PSAP), el cual hizo sus trabajos exploratorios con arqueólogos del Centro INAH Michoacán —incluyendo quien esto suscribe—, así como personal de apoyo de la CFE, los resultados siguen en proceso de interpretación, pero es posible apuntar algunos aspectos (Sumano Ortega, Muñiz García y Punzo Díaz, 2017).

El sur de la Laguna de Chapala tuvo un gran dinamismo cultural; con una de las ocupaciones más sólidas del preclásico medio con el sitio del Opeño. Una creciente ocupación en el Clásico Tardío-Epiclásico con sitios como Chavinda, donde la mirada de intercambio está puesta hacia el Bajío y Cuitzeo. El Posclásico Temprano parece haber sido el momento de mayor actividad y complejidad con sitios como Chavinda, El Otero, Cojumatlán y Tizapán, donde la presencia de la red de intercambio Aztatlán tuvo un gran influencia; en especial la inserción de Chavinda en la discusión actual sobre el fenómeno arqueológico Aztatlán ha permitido abrir posibilidades de conexiones entre lugares, como

Colima, Tierra Caliente, Sayula, entre otros. La relación de poder entre los distintos sitios de la región parece haber cambiado sustancialmente en el Posclásico Tardío con el desarrollo del sitio Jacona la Vieja, de filiación purépecha, y que cuenta con una de las plataformas piramidales de cuerpo mixto —conocidas como yácatas— más grande de este antiguo pueblo. En resumen, la también conocida como región de la Ciénega de Chapala, pasó de ser un vacío de información arqueológica a una protagonista en las discusiones académicas en diversos ámbitos temáticos gracias a los trabajos del PSAP.

El inicio fue incierto y con altibajos. Se tenían contempladas cuatro espacios domésticos, uno ritual con petrograbados y uno con posible actividad cívico-religiosa. Uno de los posibles espacios habitaciones —LTPCM_01— se encontraba en el área correspondiente a una futura subestación eléctrica. Debido a distintos problemas burocráticos y administrativos el inicio del PSAP se retrasó varios meses, lo que llevó a que se empalmara con los primeros trabajos de la obra. Sin embargo, los convenios CFE-INAH contemplan que no se puede realizar ningún tipo de remoción sin la previa liberación de afectación arqueológicas. Por ello, era necesario iniciar con trabajos de acondicionamiento en la subestación, los cuales no podían hacerse por la presencia del posible sitio.

A pesar de que el PSAP, en concordancia con los intereses de la CFE, fijó sus primeros esfuerzos en la excavación del área de la subestación, el tiempo proyectado para liberarlo era como mínimo de un mes y medio, en caso de que no hubiese otros hallazgos. El retraso llevó a la CFE a adicionar apoyos al PSAP, contar con recursos humanos y materiales no contemplados, y la redirección de estos recursos estaba supeditada al apoyo logístico de la CFE. El sitio elegido fue Chavinda. Sin embargo, hasta ese momento en este sitio sólo se tenía visible una unidad habitacional.

El sitio arqueológico Chavinda se localiza a unos pocos metros de la carretera federal de Zamora a Jiquilpan. La construcción de esta obra vial dejó en los años ochenta un enorme montículo de desperdicios en las inmediaciones del sitio. La inspección arqueológica previa reportaba “dos posibles montículos en la parte media del cerro” que no fue posible explorar en esa ocasión. El personal de CFE a cargo de la vinculación negó originalmente la redirección de los trabajos hacia Chavinda, con el argumento, entre otros, de que ambos montículos eran producto del trabajo en la carretera. La confianza en el equipo del PSAP por parte del personal de CFE permitió la limpieza superficial del espacio de montículos, que reveló un área pública con una enorme plataforma de 17 metros de largo y hasta 8 metros de alto, que sostiene una pirámide troncocónica, al

menos cinco plataformas bajas y cuatro plazas. Los hallazgos permitieron que la redirección de recursos ya no tuviera más trabas, se alcanzaran los objetivos de investigación y rebasaran las expectativas de resultados.

El personal de CFE es muy variado en su profesiograma, abarcando ingenieros ambientales, sociólogos, agrimensores, administradores, topógrafos, entre otros. En general, entienden la salvaguarda del patrimonio arqueológico como uno más de los requisitos que se deben cumplir, como el estimado de posible impacto ambiental o el deslinde de terrenos. Sin embargo, todos coinciden en que es menos difícil hacer ver la relevancia de los vestigios arqueológicos cuando hay presencia de arquitectura.

En el caso de Chavinda, los cuestionamientos en los distintos niveles administrativos de la CFE eran apaciguados por un hallazgo de grandes dimensiones. La diversidad de formaciones no evitó que se estableciera una comunicación a partir de los trabajos en la llamada “Plataforma Principal de Chavinda”. La presencia de un espacio de actividades públicas, con plaza central de funciones cívicas, una edificación para el culto religioso y la restricción de acceso permitió la analogía en los elementos formales-funcionales con el poblado más cercano, pero también con la gran diversidad de poblados de origen o residencia del personal de CFE. De esta manera, desde la CFE se le asignaron valores intrínsecos de relevancia a los restos arqueológicos; una primera aproximación hacía que vieran a Chavinda como más relevante que el resto de los hallazgos del salvamento.

Por otro lado, la comunidad cercana a Chavinda mostró poco interés al inicio de los trabajos; ni las autoridades municipales, ni la población en general parecían especialmente preocupadas por la intervención. Antes de los trabajos del PSAP sólo se conocían algunos petrograbados dispersos a lo largo del sitio y en la parte alta del cerro aledaño, así como materiales muebles. Estos relieves han sido clave en las interpretaciones del PSAP, pero no suficiente para despertar el interés en la comunidad. A partir de la visualización del área pública en Chavinda, la cantidad de visitantes e inquietudes de los pobladores cercanos se incrementó notablemente. La asignación de valores al pasado ya no sólo transitaba por la peculiaridad de las expresiones gráficas, ahora se aludía a una grandeza similar a la de otros lugares como Tzintzuntzan (sitio más representativo del pasado prehispánico de Michoacán), siendo un motivo de orgullo local por los méritos edificatorios de los antiguos pobladores. Orgullo, grandeza, gente entendida, y otros conceptos que los pobladores han vertido sobre el sitio se insertan como parte del proceso de asignación de valores al pasado.

Nuevamente la arquitectura ha permitido establecer una zona liminal de entendimiento entre distintos agentes. Cualquier investigador del pasado estaría conforme de ver este proceso. En nuestro caso, la arquitectura en la emergencia arqueológica lo ha facilitado.



Figura 3. Trabajos de salvamento en el sitio arqueológico de Chavinda, Michoacán. La presencia de la arquitectura pública fue clave para ampliar los trabajos de exploración. Fotografía: David Muñiz, 2015.

Un nuevo gran caso o el contraejemplo del Aeropuerto de Santa Lucía

Tras la cancelación del proyecto de un nuevo aeropuerto internacional en las inmediaciones de Texcoco, Estado de México, se decidió expandir el espacio aeroportuario para la Ciudad de México en la antigua base aérea militar de Santa Lucía al oriente de la ciudad (BBC, 2018). En octubre de 2019 iniciaron formalmente estos trabajos. Como parte de los requerimientos para licitación y producto de convenios particulares entre el INAH y la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), se estableció la necesidad de la intervención de arqueólogos debido al conocimiento previo de vestigios paleontológicos en el área. La DSA fue encargada de llevar a cabo las investigaciones, designando al experimentado arqueólogo Rubén Manzanilla para dirigir el salvamento (Solís, 2021).

De acuerdo con los testimonios públicos de los arqueólogos responsables, así como de los órganos oficiales de comunicación de la SEDENA, la cooperación entre el INAH y dicha dependencia ha sido ejemplar y muy benéfica para ambas partes. Como prueba de ello, hacia febrero de 2021 se habían recuperado restos de más de trescientos individuos de distintas especies, como camellos, caballos, perezosos, tigres dientes de sable y peces, “que suman 20 mil huesos recuperados que podrían ubicarse hace 14 mil u 11 mil años” (Solís, 2021), además de restos humanos y materiales del periodo Epiclásico.

Una característica del salvamento en Santa Lucía es el uso de tecnología de punta para el registro y reconstrucción virtual de los hallazgos. Es evidente, pues, el acceso preferente a mayores recursos que otros proyectos de emergencia. Esto podría responder a la categoría de “prioridad nacional”, y una coyuntura político-social que podría recordarnos al Templo Mayor.

El salvamento en Santa Lucía es un trabajo en progreso, por lo que su trayectoria puede cambiar. Sin embargo, el gobierno actual ha manifestado claramente su postura acerca de que las obras continúen hasta la terminación de la obra. A diferencia del PTM, los restos pleistocénicos no parecen ser susceptibles de ser valorados como parte de la grandeza mexicana o parte de la identidad nacional. Como vimos, parte de ese discurso se fincó en la arquitectura. A pesar de que la LFMZAAH contempla a todos los vestigios, en la práctica no todos son protegidos de la misma manera. La forma en que se ha orientado la presión de distintos sectores preocupados por el patrimonio ha sido la planeación de un museo en las instalaciones del aeropuerto, donde se puedan apreciar los restos óseos, con sus respectivas reconstrucciones, en una de sus varias salas. Labor loable y necesaria sin duda, pero que dista mucho de lo que significa un cambio en la obra o la apertura de un sitio arqueológico al público.

Parece evidente que esta comparación es injusta en cuanto a la dimensión del hallazgo. Si se toma como referencia el Templo Mayor, también se podría decir que, en los dos ejemplos planteados y en buena parte de los trabajos de salvamento, no se modifica la obra. Pero ¿acaso la ley no contempla todo el patrimonio? La afectación de una obra como Santa Lucía implica una remoción muy agresiva del frágil contexto arqueológico. Es claro que la prioridad nacional es contar con otra terminal aérea y no el patrimonio. El impacto académico de la arqueología en Santa Lucía no desmerece el de otros hallazgos, como el “Hombre de Tepexpan”; más aún, es considerado como la recuperación más amplia de restos controlados en la historia de la paleontología mexicana. Aun así, el impacto en la comunidad en general ha sido poco. A pesar de los es-

fuerzos de los arqueólogos, parece haber un rompimiento en el proceso de vinculación, y no es claro el campo común de conocimiento que permite una comunicación efectiva.

Discusión

Las condiciones actuales en México representan una nueva forma de emergencia para la arqueología. El dramático repliegue presupuestal, una política que desdeña la ciencia y la cultura, han puesto a la ciencia mexicana en límites no vistos antes. De acuerdo con arqueólogos del INAH, la inmensa mayoría de los proyectos convencionales se ha quedado sin fondos (Montaño Garfías, 2020). Bajo estas condiciones, la necesidad de establecer puentes epistemológicos con especialistas y el público en general se vuelve apremiante. Los salvamentos arqueológicos pueden ayudar a solventar esta necesidad.

La comprensión del entorno construido como un proceso a través del cual se modifica el entorno natural a través de la edificación, arrojando como resultado un paisaje, permite establecer valores compartidos entre sociedades, en el tiempo y agentes en nuestra comunidad actual. Edificar para construir un lugar, construir para ser en el mundo es algo que seguimos haciendo: diversas profesiones comparten esta noción y, por tanto, es un espacio de comprensión mutua. No es que sin la arquitectura no sea posible comprender o valorar a los pueblos del pasado, es, más bien, que permite una mejor comunicación. La reflexión de las fronteras en la investigación arquitectónica permite entonces una comprensión del presente y la valorización del pasado, estableciendo como ejemplo la emergencia en arqueología.

A partir de los casos observados, notamos que la arquitectura ha desempeñado un papel esencial como espacio limítrofe epistemológico entre un tipo de conocimiento especializado como el arqueológico con otras disciplinas y con el público en general. Desde la reproducción simbólica de un poder hegemónico que se plantea como continuidad en el espacio del Templo Mayor, pasando por la comprensión de estrategias edificatorias para solventar necesidades productivas, como en el caso de Tarango-Acaxuchitl, o con la permisividad de la redirección de recursos en Michoacán, teniendo como un contraejemplo la ausencia de la arquitectura en el salvamento de Santa Lucía, en todos ellos, los valores compartidos son evidenciados en el momento de la emergencia arqueológica. Ahí la arquitectura tomó la característica de ser un lenguaje común.

En ese sentido, la arquitectura como puente epistemológico evidencia la necesidad de un diálogo más activo entre disciplinas. El uso de la arquitectura como vínculo ha permitido activar el proceso de patrimonialización en contextos de emergencia y asignar valores intrínsecos que son entendibles en distintos niveles, brindando la oportunidad de que la emergencia en arqueología se pueda justificar el nivel de proyecto, y la asignación de valores compartidos que permiten la investigación y salvaguarda de los vestigios arqueológicos o, incluso, la continuación de los trabajos para dar paso a proyectos integrales de investigación del pasado.

Por otro lado, la ausencia de elementos arquitectónicos constituyen un factor en contra de un proceso de salvaguarda patrimonial. Hay que insistir en que no se intenta infravalorar las evidencias materiales que no tengan presencia arquitectónica, sino más bien señalar críticamente que la arquitectura, como puente epistemológico en contextos de emergencia arquitectónica, permiten mayor solidez, robustez y establecer canales fluidos de comunicación con investigadores, autoridades y público en general: en oposición, su ausencia dificulta dicha comunicación.

Hay que entender las coyunturas distintas; si comparamos ejemplos como el del Templo Mayor con el de Santa Lucía, la inflexibilidad de los estados nación ante las obras de interés público constituyen un ejemplo de una condición de respuestas a distintas emergencias donde la ausencia de la arquitectura limita el entendimiento entre los actores, resta fuerza discursiva a los arqueólogos en la defensa de la integridad del patrimonio, acota una comunicación efectiva con especialistas y público en general que orilla a una respuesta distinta ante la emergencia arqueológica.

Conclusión

El uso de la arquitectura como puente ha permitido activar el proceso de patrimonialización en contextos de emergencia y asignar valores intrínsecos que son entendibles en distintos niveles. Por otro lado, la ausencia de elementos arquitectónicos es un factor que se opone al proceso de salvaguarda patrimonial. No se pretende infravalorar los vestigios sin presencia arquitectónica, sino señalar que en contextos de emergencia arqueológica la arquitectura representa un puente epistemológico, permitiendo mayor robustez a la argumentación, estableciendo canales fluidos de comunicación con investigadores, autoridades y el público.

Referencias

- BBC. (2018, octubre 29). Santa Lucía: en qué consiste el proyecto de AMLO para construir un nuevo aeropuerto para Ciudad de México, en *BBC NEWS/Mundo*, en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-46015693>
- BUSTOS CARA, R. (2004). Patrimonialización de valores territoriales, turismo, sistemas productivos y desarrollo local, en *Aportes y transferencias*, 1 (8): 11-24.
- CÁMARA DE DIPUTADOS, H. C. de la U. (2014). *Ley Federal Sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas*. México: H. Congreso de la Unión.
- CARBALLAL STAEDTLER, M.; ORTUÑO COS, F. J., Y LÓPEZ WARIO, L. A. (2000). Arqueología de salvamento y de Rescate. Lineamientos generales para los salvamentos y rescates en México, en *Diario de Campo*, 19 (3): 21-26.
- COTTOM, B. (2006). La legislación del patrimonio cultural de interés nacional: entre la tradición y la globalización. análisis de una propuesta de Ley, en *Cuicuilco*, 13 (38), 89-107.
- CUÉ ÁVALOS, L. (2014). *100 años del templo mayor historia de un descubrimiento*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- DÍAZ-BONE, R.; BÜHRMANN, A.; RODRIGUEZ, E. G.; SCHNEIDER, W.; KENDALL, G., Y TIRADO, F. (2008). The Field of Foucaultian Discourse Analysis: Structures, Developments and Perspectives, en *Historical Social Research*, 33 (1), 7-28, en <https://doi.org/doi.org/10.12759/hsr.33.2008.1.7-28>
- DÍAZ, A. (2021, septiembre 2). En subasta francesa, piezas arqueológicas mesoamericanas recaudan más de un millón de euros, en *El Universal*, en <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/en-subasta-francesa-piezas-arqueologicas-recaudan-mas-de-un-millon-de-euros>
- DORMAELS, M. (2011). Patrimonio, patrimonialización e identidad. Hacia una hermenéutica del patrimonio, en *Patrimonio, patrimonialización e identidad. Hacia una hermenéutica del patrimonio*, 24 (1-2): 7-14.
- ECHEVARRÍA, R., Y LÓPEZ LUJÁN, L. (2017). *Arqueólogos trabajando: 40 años del Proyecto Templo Mayor. Exposición fotográfica temporal en el tapial de la Zona Arqueológica del Templo Mayor, Ciudad de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- FEYERABEND: (2007). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- GALÁN RODRIGUÉZ, C. (2003). “La ciencia en zapatillas”: análisis del discurso de divulgación científica. *Anuario de Estudios Filológicos*, 26: 137-156.

- HAM, S. (2013). *Interpretation: Making a difference on purpose*. Londres: Fulcrum Publishing.
- HANSON, J., Y HILLIER, B. (1984). *The Social Logic of Space*. Cambridge: Cambridge Press University.
- INAH. (2009). *Procedimiento de Desarrollo de Investigaciones Arqueológicas –Salvamento y Rescate— en Áreas de Obra de Infraestructura Pública o Privada*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- INAH. (2017). *Lineamientos para la investigación arqueológica en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- LÓPEZ LUJÁN, L. (2018). *El Proyecto Templo Mayor (1991-2017): recuento de cinco lustros de actividades*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1992). Las etapas iniciales de la historiografía de la ciencia, en *Arbor*, 142 (558): 21-67.
- LOWENTHAL, D. (1985). *El pasado es un país extraño*. Barcelona: Akal.
- LUCIO, R., Y SERRANO, M. (1992). *La educación superior: tendencias y políticas estatales*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia.
- MATOS MOCTEZUMA, E. (1981). *El Templo Mayor: Excavaciones y estudios*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- MONTAÑO GARFIAS, E. (2020, junio 17). Recorte de 75% dejará al INAH en la parálisis: investigadores, en *La Jornada*: 1, en <https://www.jornada.com.mx/2020/06/17/cultura/a04n1cul>
- MUÑIZ GARCÍA, D. A., Y SUMANO ORTEGA, K. (2017). Cambios y continuidades en el poniente de la cuenca de México durante el periodo del contacto. El caso del salvamento arqueológico del sitio Tarango, en *Arqueología Nueva época*, 53: 125-140.
- MUÑIZ GARCÍA, D. A., Y SUMANO ORTEGA, K. (2019). Cerámica y lítica como indicadores de cambio y persistencia tecnológicos durante el periodo de contacto en el poniente de la Cuenca de México, en *Vestigios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica*, 1 (13): 137-160, en <https://doi.org/10.31239/vtg.v1i13.14939>
- NORBERG-SCHULZ, C. (1979). *Genius loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. Minnesota: Academy Editions, University of Minnesota.
- PÉREZ CASTELLANOS, L., Y ESPARZA LÓPEZ, J. R. (1997). Historia y perspectiva de la arqueología de salvamento en México los comienzos, en *Actualidades Arqueológicas, revista de los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, 1.

- RAPOPORT, A. (1969). *House Form and Culture*. Michigan: Prentice-Hall Foundations of Cultural Geography.
- RAPOPORT, A. (1977). *Environment Approach to Urban Form and Design*. Londres: Wheaton y Exeter.
- RAPOPORT, A. (1982). *The Meaning of the Built Environment. A Nonverbal Communication Approach*. Tucson: The University of Arizona Press.
- RENFREW, C., Y BAHN (2004). *Arqueología. Métodos y práctica*. Madrid: Akal.
- ROSAS MANTECÓN, A. (1995). La museografía monumental: paradojas del Museo del Templo Mayor, en *Runa*, 22: 53-68.
- ROSAS MANTECÓN, A. (2003). Los usos del patrimonio cultural en el Centro Histórico, en *Alteridades*, 13 (26): 35-43.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1988). Metodología para la investigación en arqueología, en *MUNIBE (Antropología y Arqueología)*, 6: 45-64.
- SANTLEY, B., STARK, B., JOHNSTON, K., Y SMITH, M. (2012). Urban Open Spaces in Historical Perspective: A Transdisciplinary Typology and Analysis. *Urban Geography*, 33 (8): 1089-1117.
- SMITH, M. (2007). Form and Meaning in the Earliest Cities: A New Approach to Ancient Urban Planning, en *Journal of Planning History*, 6 (3): 3-47.
- SOLÍS, F. (2021, febrero). Suman 300 las osamentas de mamuts encontradas en Santa Lucía, en *El Sol de México*: 2, en <https://www.elsoldetoluca.com.mx/cultura/suman-300-las-osamentas-de-mamuts-encontradas-en-santa-lucia-6319470>
- STARK, B. (2014). Urban Gardens and Parks in Pre-modern States and Empires, en *Cambridge Archaeological Journal*, 24 (1): 87-115.
- SUMANO ORTEGA, K.; MUÑIZ GARCÍA, D. A., Y PUNZO DÍAZ, J. L. (2017). Rock Art and Households in Western Mexico. The Case of Chavinda, Michoacán. *American Indian Rock Art*, 43: 1-8.
- THOMAS, J. (2001). Archaeologies of Place and Landscape, en I. Hodder (ed.), *Archaeological Theory Today*. Cambridge: Cambridge: Polity Press y Blackwell Publishers: 165-186.
- TILLEY, C. (1994). *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*. Oxford: Oxford Berg.



Investigación y arquitectura: una introducción a los contextos de emergencia,
se terminó de imprimir en los talleres de
Ediciones Navarra, Van Ostade #7,
Col. Alfonso XIII, Ciudad de México, CP 01460,
en el mes de diciembre de 2023
en tiro de 500 ejemplares.